

José Deleito y Piñuela

La mala vida en la España de Felipe IV

Prólogo de Julián San Valero Aparisi



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1986
Tercera edición: 2014
Primera reimpresión: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño cubierta: Manuel Estrada
Diseño de cubierta: Velázquez: *El almuerzo*. Museo del Ermitage, San Petersburgo
© Index/Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de José Deleito y Piñuela
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8963-0
Depósito legal: M. 15.937-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 Prólogo

- La mala vida en la España de Felipe IV
25 Advertencia preliminar

Primera parte. El desenfreno erótico

- 33 I. Generalidad de la relajación sexual
33 1. El libertinaje en los hombres: «mancebas»,
bastardos y males secretos
38 2. La corrupción en las solteras
43 3. Solteras peligrosas
47 II. El adulterio en la mujer
47 4. Mujeres adúlteras y maridos resignados o ex-
plotadores
50 5. Reflejo literario de la indignidad marital
55 6. «El sagaz Estacio»
61 III. La prostitución
61 7. Meretrices ambulantes: clases de pecadoras
67 8. Las mancebías
75 9. Burdeles en Valencia y Sevilla
79 10. Restricciones de la prostitución

- 83 IV. Anormalidades sexuales, auxiliares del vicio y leyes contra él
- 83 11. Sexualidad sacrílega, sádica y macabra
- 86 12. Aberraciones de la sensualidad
- 93 13. Los discípulos de Celestina
- 99 14. Leyes contra la inmoralidad sexual

Segunda parte. Violencias, crímenes y robos

- 105 15. Venganzas de honor
- 109 16. Muertes por amoríos
- 111 17. Profusión de atentados
- 117 18. Excesos nocturnos
- 122 19. Ladrones y bandoleros
- 128 20. Delincuencia y religión

Tercera parte. La vida picaresca

- 137 I. El «pícaro», su origen y sus variedades
- 137 21. Bibliografía picaresca
- 142 22. La palabra «pícaro» y sus derivadas
- 145 23. El lenguaje de «germanía»
- 148 24. Causas y rasgos de la vida picaresca
- 154 25. Clases de pícaros
- 163 26. Pequeños oficios del pícaro
- 166 27. Exaltación de la «picaresca»: el contagio juvenil y femenino
- 172 28. Justicia apicarada
- 178 II. El «picarismo» en la literatura y en la vida: sus centros de actuación
- 178 29. Pícaros auténticos

183	30. Principales pícaros de novela
189	31. Pícaras literarias
192	32. El realismo en la novela picaresca
196	33. Filosofía y temple del pícaro
201	34. Lugares de la vida maleante
207	35. Sevilla, ciudad famosa y paraíso del hampa
216	36. Sociedades y sitios de la picaresca sevillana
221	37. Persecución de pícaros
223	III. Los bajos fondos madrileños
223	38. La picaresca en Madrid
226	39. Diversos tipos del hampa matritense
232	40. Los mendigos
237	IV. El juego
237	41. Clases de juego
242	42. El juego y las «casas de conversación»
247	43. Profesionales del juego
252	44. Las «fullerías» y los garitos clandestinos
254	45. Afanes del jugador y de sus satélites
259	46. Malandanzas y peligro del juego
266	Conclusión
269	Notas

Prólogo

Pocas ocasiones tendrá el lector de encontrarse con un prólogo cuyo autor esté más obligado que yo, por el afecto, a la persona de quien debía de ser valedor con esta presentación. Mi confesión es obligada y necesaria: me obliga la sinceridad, para dar valor a mis palabras, por haber sido discípulo de quien escribió estas páginas y necesito justificar el honor que recibo por estar, en todos los sentidos, en el umbral de esta obra de don José Deleito y Piñuela.

Hace cuarenta años, desde su Cigarral de Toledo, el doctor Marañón, en su prólogo a la 1.^a edición de esta obra, al hilo de cuanto narra Deleito sobre el mal vivir cotidiano en tiempos de Felipe IV, prometía al lector un auténtico logro de valor histórico y superior valor de lección humana: amor y religión se mezclan impíamente en el hervidero de aquella Corte, vértice glorioso del Imperio y sima donde vertía la pasión desenfrenada de sus ha-

bitantes, en aquel Madrid donde reinaba un singular soberano, tan bueno, tan simpático y tan fatal para España, en quien se daban con exuberancia casi monstruosa lo mejor y lo peor de la humanidad española. Naturalmente, acatamos el diagnóstico de don Gregorio Marañón.

En este retablo de la mala vida española en que va a adentrarse el lector podríamos ensartar un lúcido collar con las perlas que brillan en la prosa clara y bienhumorada de don José Deleito, aunque con ello se pisotearía, dicho a lo barroco, el signo entre Leo y Libra, o desvirgaría, en expresión actual que antaño era barriobajera, la corrección y fluidez expresiva de estas páginas, las que el lector espigará, por su cuenta, óptima cosecha de solaz y contento. Pero mi renuncia a la criba no me exime, como prologuista, de mi función de espolique al servicio del lector, en su marcha por los vericuetos de la verdadera «auditoría» con la que Deleito pone sombras en las rosadas fábulas del Siglo de Oro.

Entre Zurbarán y Ribera, las sombras que, con el mal vivir, modelan la realidad histórica bajo Felipe IV afectan, especialmente, a la vida sexual hablando culturológicamente; a la vida fuera de la ley y a la vida de los pícaros marginales y sus escenarios. Los puntos negros los documenta Deleito con sólido oficio de historiador, manejando fuentes de toda índole que corroboran que la literatura es sólo pálido reflejo de una realidad de acusados contrastes. Las fantásticas aventuras de los seguidores del Lazarillo, los pícaros Guzmán de Alfarache, Estebanillo González, el Buscón quevediano, la pícara Justina o la Garduña de Sevilla no superan en imaginación a las peripecias ocurridas en las descomunales biografías de Esca-

rramán, Agustín de Rojas, Duque de Estrada, Nieto de Silva, Alonso de Contreras y otros. Y hasta los altos ideales que hubo, sin duda, en el tiempo tenían torcidos recovecos como los que revela el suceso que cuenta el cronista Piñeyro en su *Fastiginia*: un tribunal de justicia absuelve a un testigo por «desvergonzado y mal criado en afrentar a una mujer, en lugar de encubrir sus faltas...».

Al decir antes con la vida sexual, nos referíamos al comportamiento que mantenían en sus relaciones los hombres y las mujeres del siglo XVII. Como bien se sabe hoy, en nuestro mundo de estadísticas, el negro panorama que traza Deleito sería seguido por una inmensa minoría, pues la normalidad no escandaliza y es achaque de moralizantes generalizar en exceso. Así se dijo que la Corte de Felipe IV sólo con Sodoma podría compararse.

Es difícil comprender que quedasen habitantes en aquella España: por una parte, las innúmeras profesiones religiosas, curas, frailes y monjas; por otra, la sangría continuada de los que pasaban a Indias, a los que debemos añadir el que, según se escribía, eran tantos los eunucos que peligraba el sacramento matrimonial. Exageración evidente, pues no serían tantos cuando, según Quevedo:

Solían usarse doncellas,
cuéntanlo así mis abuelos.
Debiéronse de gastar,
por ser muy pocas, muy presto.

Y junto a las asechanzas a la virginidad, proliferaban los cuernos maritales, con tal auge que hubo quien pro-

puso que fuese requerido examen y aprobación, pues había consentidos que con buena formación profesional podrían obtener pingües beneficios. También los esperaban las mujeres solteras consiguiendo marido, para lo cual, aun con la doncellez perdida, tendían cepos matrimoniales con el cimbel de su honra que, con previsión legal, certificaban sus madres con escritura notarial, para respaldar en su día demandas judiciales con las que obtener la reparación de su honor ultrajado... Y es que, en verdad, la búsqueda de consorte debía de ser muy difícil con tantos emigrantes, religiosos, eunucos y aun homosexuales.

Si bien los sodomitas evitaban estas insidias, pre y postmatrimoniales, corrían peligro mayor, porque la autoridad penaba con la hoguera su nefasto pecado. En esta línea cabe interpretar la prohibición de que los hombres gastaran guedejas. Pero más graves eran las quejas de quienes acusaban a las autoridades de hacer la vista gorda cuando los pecadores eran personas de calidad, mientras se quemaba a un criado del conde de Villamediana o a un paje del duque de Alba. Y no faltaba un trágico humor negro al escribir que la semana pasada hicieron chicharrones a un sodomita y a otro le quemaron, porque estaba enamorado de su burra...

Los que vivían fuera de la ley serían muchos, porque la reiteración de noticias sobre la dureza de las penas revela el propósito de erradicar delitos considerados altamente antisociales.

Noticia propalada fue que, un día del año 1637, fueron cogidos y ahorcados cuatro tironeros, llamados en Madrid capeadores, porque su especialización consistía en

arrebatat la capa del inadvertido transeúnte. Otros muchos delitos menores, realizados por bandas y cuadrillas, daban a las cárceles tantos inquilinos que en ellas no se cabía de pie, aunque incontables delitos quedasen impunes por no aprehender a sus autores y tantos otros facinerosos, ladrones y asesinos se libraran de los rigores de la ley cuando eran nobles o caballeros.

En los *Avisos* de Barrionuevo, entre 1654 y 1658, de los conocidos en Madrid, se registran 4 parricidios, 5 degüellos, 5 atentados, 6 actos de extrema crueldad, 11 envenenamientos, 4 homicidios, 42 asesinatos, 8 suicidios, 12 latrocinios, 3 sacrilegios, 6 clérigos ladrones, 1 noble ladrón, 4 estafadores, 3 incestos, 1 pecado de bestialidad, 6 grupos de sodomitas y muchos más delitos menores. Pero sólo en el año último referido, 1668, se sospechaban 150 muertes impunes, aunque todas las víctimas, cuando pudieron, naturalmente, pidieron la confesión a voces...

Sin llegar a la extremosidad de los asesinos, de propio impulso o asalariados, existía también el pícaro, despabilado y agudo, que ejercía a veces de esportillero o ganapán o era un bribón vagabundo, buscando aventuras y lances lucrativos, a extramuros de toda moral, si era necesario. En verdad, la picaresca en los siglos XVI y XVII es una contaminación que alcanza a todos los estratos de la sociedad. Y si bien los prototipos literarios apuntan a los niveles sociales más bajos, también se da el espíritu pícaro en la nobleza, la justicia misma, la milicia, el teatro, etc. Por la universalidad de comportamientos de esta índole, las referencias a las trapisondas de los pícaros, más que varapalo o sermón, parecen encubierta propaganda de sus, en muchos casos, simpáticas trapacerías.

En todas las Españas se dio el pícaro, pero sus mejores escenarios fueron Madrid y Sevilla. En 1605, estando todavía la Corte en Valladolid, quiso Felipe III cerrar puertas a la proliferación de los pícaros y prohibió pedir limosna a los hombres y mujeres sanos, que estuviesen en edad de trabajar, conminándoles a tomar oficio, en el plazo de quince días, so pena de destierro para las mujeres y de cien azotes y cuatro años de destierro a los hombres. Ante la poca vocación laboral que mostraron los pedigüeños, años más tarde se les condenaba a ser marcados a fuego, en espaldas o brazos, para descubrir y enviar a galeras a los reincidentes. Aun así, pobres serían también los resultados, ya que al terminar el siglo, en 1699, se ordenaba recoger vagabundos pordioseros para enviarlos a Ceuta o al Darién panameño.

La base teórica para esta persecución pudo estar en un discurso que, en 1598, pedía «el amparo de los legítimos pobres y la reducción de los fingidos». El achaque de la pordiosería fue europeo en aquella época, con distintos caracteres según las narraciones, como explicaban las ordenanzas mendicativas de Mateo Alemán, para quien los pobres alemanes cantan en tropa, los franceses rezan, los flamencos reverencian, los gitanos importunan, los portugueses lloran, los toscanos arengan y los castellanos tienen fueros y son respondones y mal sufridos.

No es de extrañar que para salir de pobres, el juego por dinero floreciese con singular pujanza, con adictos, profesionales y compinches, entre quienes no faltó, de acuerdo con su tiempo, una especialísima vertiente de honor, sobre todo para las deudas y su pago.

Escenario máximo de toda picardía, en Madrid, Corte de los Milagros, competían indígenas y extranjeros en nutrir también el hampa de la mala vida, en la que convivían aristócratas e hidalgos, militares, funcionarios, músicos y comediantes, menestrales, artesanos y jornaleros. Todos concurrían a los bodegones, tabernas, posadas, garitos, ventorrillos y mancebías, en los que eran usuales robos, asaltos, cuchilladas, heridas y muertes; y, con el muestrario de tan variada sociedad, pululaban en su entorno desertores del ejército o las galeras, rufianes, vagos, lisiados, mendigos, ciegos, capeadores, ganapanes de sportilla y ciegos cantores de romances y jácaras.

Pero, en sus podridas entretelas, Sevilla, puerta de las Indias, no hace fácil a Madrid su primavera. Sevilla es paraíso de pícaros que en ella hacían sus Américas, sin los riesgos de la mar oceánica, del escorbuto o las fiebres malignas, de caribes antropófagos o penosos esfuerzos contra un medio físico hostil. Pícaros, tahúres y rufianes del mundo entero deambulaban por El Arenal, que era el meollo de la mala vida sevillana, el real del hampa, de los garitos de nombradía y de una famosa mancebía. Campo de peleas, centro de valientes de verdad y fingidos, en El Arenal estuvo la casa de Monipodio y allí ocurrieron las peripecias de la trama escénica de Lope de Vega.

El autor, cuando acaba la obra que tiene el lector en sus manos, escribe: «He terminado el cuadro de violencias, miserias, aberraciones y hediondecas que me vi en el desagradable caso de bosquejar...; suprimí no poco y suavicé cuanto pude en los relatos más escabrosos...».

Pero no tema el lector haber recorrido una narración degradada. Deleito y Piñuela lo cuenta todo con la firmeza, el pudor y la delicadeza que el respeto a los lectores imponían el talante del autor y el estilo de la época, en los años de la II República, en la que fue preparado el texto, algunos de cuyos capítulos conocimos en conferencias del profesor a quien se deben estas deliciosas páginas. Hoy, avezados al regodeo con que sangre, sexo y criminales tropelías se exhiben en la literatura de creación y en la prosa consumida de los *mass media*, prensa, radio y televisión, estamos más en la onda de la mala vida del siglo XVII y de «aquella libertad de léxico que no asustaba ni a la más púdica doncella».

Por ello, nada estaría más lejos de la realidad que considerar al profesor Deleito y Piñuela un pudibundo timorato. El doctor Marañón nos lo presenta como «un hombre hecho, muy hombre y muy hecho, que con delicado tacto nos entreaire los senos oscuros donde se forja el crimen o el ámbito cargado del lupanar». Don José Deleito, formado en la Institución Libre de Enseñanza, fue historiador de vocación, con una cabal historia personal como profesor universitario, que tuvo una trayectoria recta y sin desviaciones en la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia.

Nacido en Madrid en 1879, fue Deleito catedrático de Historia en 1906, por oposición, de la Universidad de Valencia, en la que a los pocos años tuvo a su cargo el Discurso de Apertura disertando sobre *La Enseñanza de la Historia y su reforma posible*, cuya publicación fue declarada Obra de Mérito por la Real Academia de la Historia, en la que luego fue nombrado miembro co-

rrespondiente. Mas de treinta años regentó la cátedra de Historia Antigua –en la que le sucedimos hasta 1963– con una dedicación plena y un cumplimiento de sus funciones en la Facultad de Filosofía y Letras no menos exigente que el que requería a sus alumnos. Nadie le superó, creemos, en el respeto a la conciencia y la opinión de sus compañeros y discípulos. En 1950, don Juan de Contreras, marqués de Lozoya, escribió: «En virtud de yo no sé qué secretas afinidades, don José Deleito fue pronto mi mejor amigo entre los claustrales, aquel cuya ideología era menos afín a la que yo profeso»; en la misma ocasión, don Manuel Ferrandis Torres le valora como maestro, compañero después y, por último, amigo, mientras que don Luis Pericot aprecia en Deleito «su constante rectitud, la fidelidad a sus ideales, unida a una tolerancia para el contrario que explican que no tenga enemigos».

Los estudios del profesor Deleito sobre la emigración española en tiempos de Fernando VII le llevaron a investigar, desde 1911, en archivos y bibliotecas de Valencia, Madrid, Burdeos, Bayona, Toulouse, Pau, Perpignan, Montpellier, Nimes, Tarbes, Bruselas, Amberes, Génova, Turín, Milán y Ginebra. Este libro que tiene el lector en sus manos pertenece al otro campo de investigación que ocupó la vida de nuestro profesor: la vida española en tiempos de Felipe IV; de ella se ha publicado una serie a la que, a ésta, hay que añadir *El Rey se divierte**, 1935; *Sólo Madrid es Corte*, 1942; *También se divierte el pueblo*, 1944; *La mujer, la casa y la moda*, 1946, y, dos

* Disponible en El libro de bolsillo.

años después de esta *Mala vida*, en 1952 acaba la colección con *La vida religiosa española bajo Felipe IV*.

Aunque Deleito y Piñuela es investigador constante y minucioso, su sentido historiológico y su dedicación docente postulan la síntesis histórica, tendencia que le llevó a ser miembro titular del Centre International de Synthèse Historique, de París. Por ello y su reconocida condición de especialista en la época, fue encargado de la redacción del tomo correspondiente a Felipe IV en la *Historia de España* que dirigía Menéndez y Pidal, en colaboración con don Manuel Azaña, quien declinó en Deleito la obra entera al ser absorbida su vida por la política al proclamarse la II República.

Prestigiosos premios, becas y nombramientos, más que acrecer, reconocen la personalidad del catedrático ejemplar y tenaz investigador que fue don José Deleito, orador didáctico y literario, hasta en sus lecciones diarias, que preparaba a conciencia, y escritor de historia fluido, correcto y atractivo. El lector de esta síntesis de la mala vida en la época áurea de la historia española reconocerá los quilates que como historiador tenía el profesor Deleito, pero su humor contenido, gracia expositiva y comediamento emanan de una vida totalmente dedicada a su vocación docente y su cordial atención a quienes fueron sus discípulos.

En muchos de éstos es patente su huella de maestro, como expresaron algunos en el mínimo homenaje que, en 1950, con motivo de su jubilación, pudo dedicársele en la revista *SAITABI*, que publicábamos entonces en su Facultad de Filosofía y Letras de Valencia. Mencionemos ahora, además de los que antes citamos, los nom-

bres de otros catedráticos que colaboraron: Cayetano Alcázar (que no tuvo empacho en sumarse al homenaje siendo director general de Enseñanza Universitaria), Felipe Mateu y Llopis, Luis Querol Roso, Alberto Sánchez, Pablo Álvarez Rubiano y quien firma este prólogo.

Muy hombre y muy hecho, el profesor Deleito, expulsado de su cátedra en 1939, fue readmitido poco antes de su jubilación, para investigar sin dar clase, porque se negó a rectificar algunos puntos de sus programas docentes. Esta lección de integridad atestigua su magisterio. Su dignidad como historiador está en presentar los hechos para enriquecer el espíritu del lector respetando su libertad para tener criterio propio, sin pretensiones explícitas de aleccionar ni críticas de manipular su pensamiento y voluntad, en servil sumisión a una ideología.

Julián San Valero Aparisi

La mala vida en la España de Felipe IV

Advertencia preliminar

Es éste el sexto de los volúmenes que llevo publicados sobre el tema común de la serie histórica *La España de Felipe IV*. Otros tomos venideros irán completando la amplia materia, a la que vengo dedicando varias décadas de asidua labor, diseminada en conferencias, artículos y libros. Omito la enumeración detallada de ella, por haberla aludido en mis obras anteriores.

En el volumen inicial, *El declinar de la Monarquía española*, planteé el tema de mis estudios, y examiné en líneas generales la política interior y exterior de aquel reinado, sus personalidades directivas, el desquiciamiento de las fuerzas armadas y el desplome preliminar del Imperio español. Presenté en *El Rey se divierte* a Felipe IV íntimo, la real familia, la vida palaciega y las continuas diversiones cortesanas; en *Sólo Madrid es Corte*, la fisonomía material y moral de la antigua villa, y la vida cotidiana de sus habitantes; en ... *También se divierte el pueblo*, las

fiestas, los esparcimientos y los espectáculos habituales que en aquella sociedad gozadora disfrutaba la masa popular, a la cual no eran accesibles los pomposos festejos palatinos. Con *La mujer, la casa y la moda*, pasé detallada revista a estos tres aspectos de la vida de entonces, dotados de tan típica y pintoresca personalidad.

En el libro actual prosigo el análisis de grupos particulares en la España del Rey poeta, y me refiero al más desagradable de sus aspectos: al mundillo de la vagancia, de la delincuencia y del vicio.

Ya en algunos de los volúmenes citados, al hablar de la relajación militar, de las fragilidades de cómicos e histrionisas, de las venganzas sangrientas por un mal entendido culto del honor, de los galanteos y la frivolidad femeninos, y, sobre todo, de los bajos fondos sociales en la capital de España, he tenido que abordar el tema inagotable de la inmoralidad en aquella época. Pero en este volumen es esa inmoralidad el tema único de su contenido, descartando en gran parte las facetas particularistas de él antes apuntadas. Por eso el presente libro se titula *La mala vida*.

El título no presupone, naturalmente, que todo en la España de Felipe IV fuera malo. En tomos sucesivos iremos viendo aspectos nobles, y aun gloriosos, de la misma, como son los de su literatura y su arte. Ni hay pueblo ni época en la historia del mundo donde todo sea abyección y vileza. No lo fue ni aun la Roma pagana y orgiástica de Nerón y de Heliogábalo.

Pero tampoco sociedad alguna, ni aun las de tipo medio más moral, religioso y ecuaníme, ha dejado de tener hombres y mujeres que viven fuera de la ley y del decoro.